



## El Maicero

Lo primero que ocupa al maicero, para dar comienzo á su campestre labor, es la roza: tala por Febrero si el monte es nuevo; pero cuando va á sembrar en *actual* roza en abril; hay otra siembra del *tonalmil* para la cual se necesita la roza de noviembre á diciembre, y se siembra por las misas de aguinaldo.

La siembra más típica es la llamada de *temporal*; para ella el maicero desmonta á principios de año; es esta una faena larga y penosa, que cuesta mucho dinero si se practica por manos ajenas; faena que pone fiereza y dolo en el hacha cortante del afanoso leñador; los árboles seculares, de verdos lúcidos y pródigos frutos, en vano levantan altaneos sus frondosas ramas, porque la devastadora saña del labriego los derribará en un derrumbamiento formidable

CAPITULO DE LA SIEMBRA



dejando eco fúnebre en la que fué enramada murmuradora de muy frescas y saludables brisas, y albergue buscado de tan canoros como amorosos pájaros; Primavera llegará y las aves no encontrarán frondas donde tejer sus nidos; entonces lujuriosa y en celo, derramará sus preciados dones en germen de ocultos y esperados frutos por entre las grietas sedientas de la tierra; el *apipi* frondoso, la empinada ceiba, el greñudo amate, el *ojoche* alegre, el tenaz quiebrahachas y el oliente cedro son por igual saña cortados ras con ras del suelo; vése el campo yermo cual inmensa llanura en la que aquí y allá quedan troncos mústios y ramás secas; el sol cae pleno sin sombras tentadoras, ni mirajes prodigiosos, ni cambiantes deslumbradores; la brisa no tiene susurros ni los pájaros canciones; una triste soledad domina en el espacio; los despojos del hacha despiadada se retuercen, diseminados, en el que mañana será exuberante plantío, por la furia de los rayos solares; y cuando ya los ardores vernaes pusieron secos y tostados los despojos, el tizón del maicero enciende lumbre en ellos, y, la llama, tímida y oscilante un punto, toma fuerza y vigor, y crece, y avanza, y se alza rápida y voraz, circundada de humo que ciega la vista y sofoca la garganta, anunciando al vecino monte pronta devastación y ruina segura. ¡Qué espectáculo al par que desolado, bello! Las ramas trepidan, los troncos chirrían, como gesticulando furiosamente por las crueldades del fuego; las aves rastreras sorprendidas y miedosas, se aventuran en un vuelo torpe y cansado; los insectos en montones perecen, las culebras en contorsiones horribles huyen con un estoicismo humano por sobre la tierra hecha ascuas; el ganado lejanamente muge y algarabía de pájaros distantes forman un angustioso murmullo de voces que parecen lamentar la muerte trágica de indefensas víctimas; y en tanto el humo y el fuego se dilatan en dantesco infierno por cima un hacinamiento de tizonas que chisporrotean y de una sábana blanca de caldeadas cenizas, el maicero, inmovible ante esa destrucción de la naturaleza, no con los brazos cruzados como Nerón á la vista del incendio de Roma, pero sí con la cabeza hacia arriba, busca

con un impaciente anhelo las nubes lluviosas, y sueña en lo abundante y presto de la futura cosecha.

Cesó el fuego y disipóse el humo; el campo está mondo de hierbas y huérfano de árboles; la tierra pecida y grietada; pero tan luego como las nubes desatan en canales sus chorros, y cae el agua torrencial y ruidosa como una bendición bautismal sobre el campo en barbecho,—anhelante de frescura y pronto á la fecundación—la tierra húmeda trasciende á yerba nueva y el sol progenitor eleva evaporaciones del agua de los hoyancos, y los pájaros se atreven á picotear en el césped que medra, y los loros se pasean con garrulería aturdidora por hoscós y miserables troncos—rehacios que fueron al devorador elemento.

Llega el día de la primera siembra; la animación cunde entre la gente de los alrededores; el antes yermo campo se puebla de grupos animados y locuaces que blanquean, se inclinan, se levantan, se alejan y vuelven con movimientos regulados, casi mecánicos: son los sembradores que van recorriendo la tierra labrantía y depositando en ella la simiente: para la siembra, el *puntero*—armadas las manos de un palo con punta llamado *espeque* y ceñida la cintura con un cáñamo del que pende el *chical*, depósito de la semilla—parte en línea recta haciendo agujeros con el *espeque*, llevado en la mano derecha, mientras que con la izquierda va extrayendo el *chical* los granos que avienta certero en cantidades de cinco ó seis para cada hoyo; el maicero está tan habituado á esta tarea que no necesita de inclinarse para arrojar los granos, que caen sin fallar uno en el agujero; cuando el *puntero*—especie de capataz de los trabajadores—ha recorrido cuatro ó cinco metros, empieza la misma maniobra en sentido opuesto, pero paralelo á la primera línea de agujeros; y así va sembrando el terreno hasta dejarlo totalmente cubierto; este trabajo suele durar días, y cuando la milpa queda lejos de poblado, entre los sembradores se elige uno de ellos para que vaya á las casas por el sustento cotidiano; á este viandante llaman *almuercero* por el solo hecho de conducir el almuerzo diariamente para todos los trabajadores; á las once en

CAPITULO I. LA SIEMBRA



punto los estómagos de aquellos campesinos sienten las sensaciones del hambre; entonces se suspende la labor, y aunque el que los capitaneé los exhorte á continuar la tarea, se quedan en holganza, bien cantando sus risueños amores en versos salados y armoniosos, bien hablando de la bondad del estío, ó bien contando sus cuitas en las cuales una ingrata, maltratada con los más crudos improprios, es mártir de aquellas lenguas que piden sustento y beben aguardiente sin mezcla; no se suponga que allí reloj alguno mide el tiempo: la perspicacia del ladino labriego no necesita de este instrumento, porque el sol es el que dá la medida cierta y plena; basta que el jornalero mire el ángulo que se proyecta con su cuerpo y su sombra para conocer las horas conforme el meridiano; y no valen protestas ni convencen razones: ante el fijo marcar del astro rey los relojes resultan inútiles y dispendiosos.

Llega el *armuarcero*— que dicen ellos— con tenates; el número de éstos aumenta en razón del total de trabajadores; dentro de los tenates, contenido en ollitas y cazuelas, viene el deseado almuerzo; al raso se sientan en rueda, formando grupos parlanchines y alegres; en sintiendo el olfato los olores de la comida, en viendo los ojos la blancura de *las gordas* y en paladeando la boca el ardor del chile, ya están con apetito voraz; el almuerzo casi nunca varía y se compone de arroz y frijoles en abundancia, y encima de esta habitual comida de gente pobre, va el chile, prodigado con exceso y paliado con tortilla, ó con el humeante y codiciado *café solo*; pero el hambre de estos jornaleros, aunque se contenta con tales alimentos, parece que echa de menos el pescado y que no olvida la carne, de cuyos regalos gustan muy de tarde en tarde por abstinencia larga de tan saboreados bocados; cuando llegan dentro del tenate conductor, tal creemos que los husmean á distancia, así de aguzado tienen el olfato para el tufillo del pescado y el olor de la carne guisada; entonces con mucha parsimonia y diligencia comen carne y pescado, á manera delicada de quien saborea golosinas y no está matando el hambre; concluido el almuerzo viene la charla ingeniosa

y picante, que sirve de ricos postres para hacer esperar la siesta; por turno cada quisque echa su jácara y no pocos narran su cuento, no faltando tampoco alguno en el auditorio que haga gala de donaire con ésta ó con aquella anecdotilla que trae la risa á la boca y la hazañería á las palabras; y allá ván mentiras á porrillo y chistes á montón cuando la charla prospera; otros, nada pacientes para oír cuentos y menos curiosos para escuchar consejas, se alejan





silenciosamente del grupo, toman el machete y le dan filo en porosa y gastada piedra, humedecida á ratos por el agua de un chical.

Es plena la siesta: las bocas están calladas y los pechos lanzando cada ronquido capaz de resucitar á un muerto; al punto de la media hora despiertánse y se pegan todos al trabajo hasta las seis de la tarde, hora precisa en que no dan una *tarpaleada* así les ofrezcan pescado fresco y *mole* de guajolote, manjares que son en las comidas rancheras.

Los maízales duran quietos en el campo tres meses; durante este tiempo son objeto de mucho cuidado y vigilancia; en estos meses se ocupa el milpero en rozar la yerba, que medra pródiga entre los plantíos, y en desmochar los troncos, mal quemados, de sus brotes; con *tarpala* de largo mango y cortante filo *tamegua* (escarda) alrededor de la planta que espiga airosa y verdina por toda la extensión del campo; estas *limpias* duran hasta que el maíz echa la *miagua* (la flor) desde cuya aparición la *tarpala* deja de escardar los maíces.

Cuando el míz está maduro, (lo cual se conoce en que la mazorca—jilote— ha mudado el estigma blanquecino, casi plateado, por otro *pelo* más rubio, de un color de azafrán, que parece quemado al fuego de los rayos solares), entonces comienza la tarea que llaman *doblar el maíz*, con la cual operación se evita el que las lluvias dañen la mazorca, fruto codiciado por aquellos andurriales y filón explotable para estos y otros mercados.

La operación de doblar el maíz es larga y necesita de cuidado y tino para efectuarla; el maicero toma la planta con la mano derecha arriba de la mazorca inferior del tallo, y con la otra mano abajo de la misma mazorca; después hace presión sobre el cálamo y lo dobla sin quebrarlo; pues si lo quebrara, la planta se perjudicaría y el maíz se daría seco y anémico; para evitar tal desastre, el maicero tiene el cuidado de doblar la caña entre nudo y nudo, de este modo la savia del rico cereal sigue operando su acción germinadora á despecho del doblez de la mata, doblez que no impide la cir-

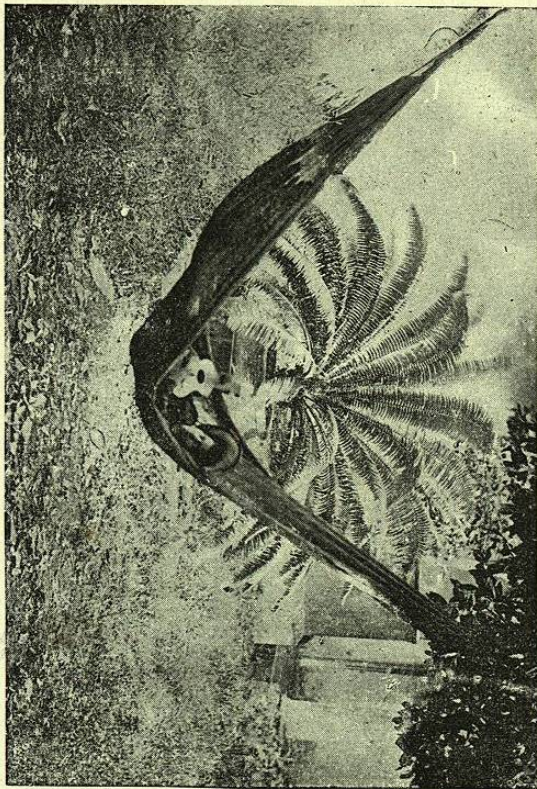
culación ni destruye los tejidos del tallo; para todos estos trabajos se sigue el propio orden que en la siembra, es decir, que se ejecutan las operaciones en líneas paralelas, ocupán-



dose en cada línea á un solo peón; así á un mismo tiempo se concluyen los quehaceres de campo, con ahorro de tiempo y seguridad en las labores; acabado de doblar el maíz, ya no le queda al maicero más que paciencia para esperar unos quince días; al cabo de ellos se recoge la mazorca, ó, como nom-



bran esa operación: empieza la *tapizca*; para aguardar á que llegue el día de *tapizcar*, el milpero tiene flexible y oscilante hamaca tendida entre dos troncos de árboles que cre-



cen corpulentos á las puertas del rancho y prestan apacible y tibia sombra al cuerpo cansado, y ansioso de holgura, del labriego, quien en vilo se pasa allí los días tumbado perezoso-

samente, con la *jarana* entre las hábiles manos que la rasguean continuamente, arrancándole á las cuerdas sonos campestres y melódicos, acompañados del cantar chillón y melancólico del rancharo; de ese cantar que es la única alegría en los ocios y el solo divertimento en los holgorios de esta gente ruda, suspicaz y festiva.

¡Y qué derroche de salero por aquellas bocas quemadas con aguardiente y endulzadas de poesía!

Mientras la mujer cuece las tortillas en *comal* ennegrecido, y alista el almuerzo en la cocina tiznada del humo de la leña que se eleva por entre las cañas del agujereado caballete, el milpero canta desafortadamente desde su hamaca:

*“A una prieta vivo amando.....  
Y tanto el amor me aprieta,  
Que he de morir por la prieta  
Si ésta me sigue apretando.....”*

*Por la prieta delirando  
En tan fuerte confusionej  
Son tan fuerte mi pasionej,  
Que ya me aprieta la idea  
En pensar que prieta sea  
la que aprieta corazonej.”*

Hay un intervalo en que sólo se oye el sonar de la *jarana*, y de ahí á poco vuelve á su canto el rancharo:

*“Cuando yo milpero jui  
Mi desdicha jué un desdoro,  
Mi maiz lo comió el loro,  
Pero siempre algo cogí.....  
Pior era perderlo tóo!”*

\* \* \*

Ya es tiempo de cortar el maíz para llevarlo al mercado; se abandona la vihuela y la hamaca se recoge; los trabajado-



res vuelven al campo, donde las dobladas cañas del maíz en la dilatada extensión del plantío parecen ejército deponiendo las armas ante la voluntad del hombre que ha subordinado á sus necesidades los frutos todos de la tierra; una tranquilidad reina en los maízales, tan placiente y callada, que creyeríanse dormidas las mieses; interrumpe esta placidez con que se apacienta la vista uno que otro espanta-pájaros que extiende los brazos, allá en lontananza, movidos furiosamente á impulsos de la brisa; los milperos van desprendiendo las



mazorcas de los tallos; las mazorcas son cortadas del pezón á derecha é izquierda, y á un mismo tiempo, y arrojadas al suelo en montones que llaman *jilas*; una vez *tapizado* todo el maíz, depositanlo en *ponites* ó en canastas, para transportarlo á las trojes, donde se deja secar hasta estar en sazón para conducirlo al pueblo en grande y espaciosa canoa; también suele pasar al *tapanco* de la casa del maicero, para acopio y gasto de la familia, ó á los silos, si fué muy abundante y sobrada la cosecha.

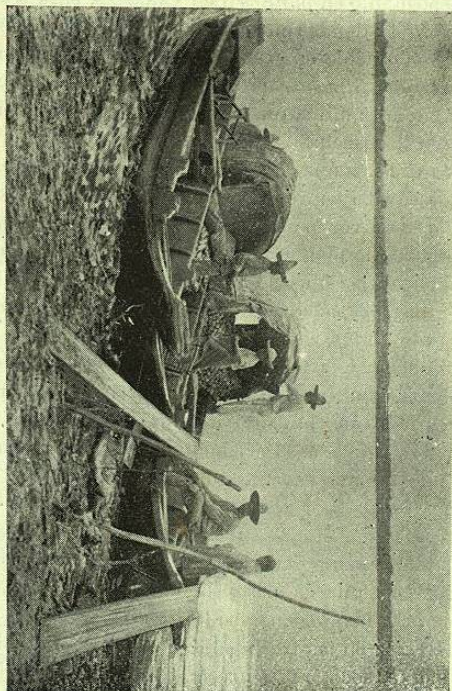
Esto de la *tapizca* es una agitación inusitada que pone en movimiento á los trabajadores; hay como cierto ardor—exaltado por el placer de ver sano y grande el fruto—de arrancar las mazorcas de la planta; entre el amarillo de las matas dobladas, blanquean las blusas de los labriegos, y, por sobre ellos, se ven volar las mazorcas con giros de vencejos que buscan el grano en los rastrojos de la sementera; á lo lejos se escucha el tronchar de las panojas desprendidas de sus tallos y el golpe seco al caer en las amontonadas *jilas*, ruidos á veces acallados por el canto del maicero, que se regocija anticipadamente con el producto de la venta y con la alza del mercado cuando efectúe aquélla; es curiosa y veloz la tarea de *tapizar*: cogen la mazorca y le abren las hojas exteriores, casi siempre sucias; en seguida la toman por la punta, con la mano derecha, y la levantan al propio tiempo que con la izquierda arrancan el pezón de cuajo para arrojarla con agilidad pasmosa á la *jila*.

Guardado el maíz en las trojes el tiempo suficiente para quedar totalmente seco, el maicero lo conduce á orillas del vecino río, y en canoa—que no sería extraño fuera de su propiedad,—lo embarca muy bien arrumado y mejor cubierto con impermeable lona; por último, lo trae á la ribera del Papaloapan, frente al terruño, por junto á la vieja y ruinosa carnicería del mercado; allí se pone por días, levanta el *encerado* y queda á vista del marchante el maíz, el cual se vende como pan caliente si hay escasez, y alcanza muy buen precio si tenemos carestía; para que los compradores puedan llegar á la canoa, el maicero coloca una tabla de la *pala* á la ori-

CAPITULO V. EL MAICERO



lla—que se llama plancha en términos marinos,—puente improvisado por el cual se sube el demandante del nutritivo grano; el maíz se vende cubierto con sus hojas; los encarga-



dos de comprarlo son muchachos y rapazuelas, sin que se tome á menoscabo el que tal cual dueño, barbón y fornido, haga también la compra en la orilla del río; para llevarlo á las casas, unos se sirven de canastas, otros de tenates, y no falta quien lo conduzca en costales; pero la manera más peculiar de transportarlo es en manojos hechos en la misma canoa

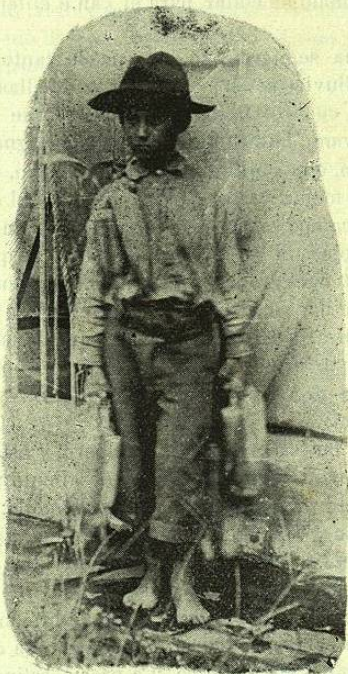
por el comprador de manera tan sencilla como fácil: toman la mazorca y le rasgan desde la punta hasta el pezón algunas hojas; ya sueltas, amarran unas mazorcas con otras formando manojos de cinco ó seis, según las fuerzas de quien

los cargue; así lo conducen á sus hogares los marchantes, por cuyo tránsito tienen que contestar á preguntas como ésta:

—¿A cómo *ejtá* el *máis*?

—¡A *tré*, mano!

El cereal se vende en las canoas con hojas; pero cuando está muy caro se trae de la Mesa Central y se vende entonces por tiendas y expendios locales desgranado y por kilos; cuando se expende en mazorcas vale la mano (cinco mazorcas) dos centavos; mas es costumbre el venderlo por el sistema antiguo de medida, á dos ó tres manos por



medio, ó á cinco por un real.

Del maíz no sólo se utiliza el grano para los diversos usos que se emplea en nuestra alimentación, sino también el elote y las hojas; la gente pobre alimenta á sus cochinos—que nunca faltan por suburbios y tugurios y hasta en las calles céntricas—con las hojas; éstas también se emplean cortadas en tiras para llevar la carne y el pescado, pendiéndolos de uno á manera de lazo para conducirlos por fondas y cocinas; el elote

CAPITULO I. LA SIERRA



sirve de leña para la lumbre del pobre, tiene uso *excusado*, y, además, los dueños de perros y gatos lo recomiendan como remedio para el *moquillo*; y no se crea que se aplica en forma de cataplasmas, ni se necesita de muchas manipulaciones para usarlo, sino que medio quemado se corta en pedazos que se ensartan á modo de collar para el can ó el felino enfermos.

Cuando la cosecha se pierde, lo que sucede tanto por la abundancia de las lluvias como por la escasez de ellas, varía desastrosamente el cuadro: la tierra, abrasada que fué de llamas, espera en vano, humeante y sedienta, el agua bienhechora; y el grano, que multiplica y acude mucho, que es de buen natío y de mejor casta, se seca dentro del *chical*; tórnase el haza en campo mustío; es esto coger de una sembrada cardos y abrojos. Si las lluvias caen antes de que las siembras las necesiten, el grano germina débil, la planta crece desgarbada y la flor se abre pajiza, recogién dose á duras penas el *molcate*, que mucho si sirve para la engorda del cerdo, animal que gruñe hambriento en la choza del jabriego, donde vive promíscuamente en asquerosa y dócil compañía con la prole.

Quedaron fallidas las esperanzas del milpero; y esta contrariedad que á otros individuos llevaría desaliento y pondría torvo el ceño, le afecta acaso, pero lo disimula; ó por mejor decir, para consolarse de la reciente pérdida, acude á la hamaca, á la jarana, al *chinguirito* y al canto llano, que de todas estas cosas gusta para matar su pena.

Si ha perdido dinero á cuenta de maíz—costumbre muy de esta gente—á comerciantes codiciosos, con promesa de entregar el grano á cambio de metálico y á precio estipulado, (que habitualmente es ínfimo con relación al valor que alcanza el producto á la hora de la entrega), denada se preocupa y se está quedo para ver venir; así resulta que á la añagaza del campesino se opone la socaliña del comerciante, y entre el fraude de uno y el embuste del otro, ocúltase una táctica venganza que espera tiempos mejores para resarcirse de la pasada pérdida; sin embargo de estas artimañas, no es ra-

ro saber que el maicero que levantó buena cosecha ceda su maíz al compañero enfermo, quien lo devuelve religiosamente en la primera cosecha que recoge.

Es este el tipo del maicero hecho á grandes rasgos de mi cansada pluma; mas holgaríame si alguno de vista más certera y de largo y muy concienzudo estudio, hiciese un retrato acabado de este curioso ejemplar, tipo verdadero del agricultor costeño.



CAPITULO I. EL MAICERO